

NO CAMBIARON SUS NOMBRES – EL SECRETO DEL NOMBRE (POR RABBI DAVID HANANIA PINTO SHLITA)



PERASHA DE LA SEMANA

SHEMOT

148

9.01.2009

23 de Tevet 5770

Publicación

HEVRAT PINTO

Bajo la supervisión de

RABBI DAVID HANANIA

PINTO CHLITA

11, rue du plateau

75019 PARIS

Tel: 00 331 4803 5389

Fax 00 331 4206 0033

www.hevratpinto.org

e-mail : hevratpinto@aol.com

CUIDA TU LENGUA

Prohibido creerle

No está permitido creer y aceptar lo que se escucha al oír Lashón HaRá, aún si fuera contado delante de la persona sobre la que se habla, ya que éste no ha confirmado la veracidad de lo contado. Con mayor razón si no es contado en su presencia, a pesar que quien lo cuenta aclara que lo haría incluso delante de él – también está prohibido creerle.

(Hafetz Haím)

“Estos son los nombres de los hijos de Israel que llegan con Yaacob a Egipto. Cada uno llegó con su familia” (Shemot 1, 1)

El Versículo precedente requiere explicación. ¿Por qué comienza diciendo “estos son los nombres”? Si hubiese querido mencionarlos, debería haber expresado “estos son los hijos de Israel que vienen a Egipto”; ¿Por qué destaca que sean sus nombres?. Más aún, teniendo en cuenta que por este Pasuk (Versículo) el libro es llamado Shemot – Nombres. Parecería ser que lo principal son los nombres. Por otra parte al relatar todo lo relacionado a ello, quizás hubiera sido más indicado llamarlo “salida de Egipto” o algo similar. ¿Por qué entonces fue llamado Shemot – Nombres?.

En relación a ello, nuestros Sabios expresaron en Shemot Rabá (1, 28): “dijo Rab Huná en nombre de Bar Kapará, por cuatro motivos el Pueblo de Israel fue redimido de Egipto: 1) Por no cambiar sus nombres; 2) Por no cambiar su idioma; 3) Por no contar los secretos; y 4) Por no entregar a sus mujeres”. Por ello es que el Versículo destaca “estos son los nombres de los hijos de Israel”, dado que por el haberlos cuidado, merecieron ser liberados.

Precisamente este es el concepto que debemos comprender: ¿Por qué los nombres son tan importantes, al punto tal, que por cuidarlos fueron redimidos?.

De lo expuesto vemos, que no en vano el Eterno creó el concepto del nombre, pues “los nombres de los hijos de Israel”, el nombre de un Iehudí, es algo “muy profundo”. Como explicaron los Sabios (Berajot 7b) y los exégetas (ver Maharshá) en relación los nombres de las doce tribus, comentan que si bien Leá no era profetiza, recibió dicho don en el momento de ponerle nombres a sus hijos. Nuestras Sabios destacan que cuando se le pone un nombre a un bebé, en cierta medida fue con profecía, ya que las fuerzas del hombre están contenidas en su nombre, y cada nombre tiene su implicancia.

El Arí HaKadosh explica nuestro Versículo, afirmando que se refiere a éste mundo y al mundo de las almas. Así escribe: “y estos son los nombres de los hijos de Israel, que llegan a Egipto” – estos son los nombres de la santidad que descienden al mundo en la dimensión de “Egipto”. “Junto a Yaacob, cada uno llegó con su familia” – todos los nombres acompañan a los Abot, cuyos nombres se basan en secretos y alusiones ocultas, y éstos acompañan a las almas de Israel que descienden al mundo.

Debemos tener clara conciencia de la grandeza del nombre que cada uno recibe al nacer, pues como es sabido, cuando, después de la muerte el alma del hombre llega al Cielo, le preguntan cuál es su nombre, siendo muy importante recordarlo en ése momento. Para ello se acostumbra, al finalizar la Amidá, recitar un Pasuk que comienza con la primera letra del nombre y finaliza con la última. Este

concepto encierra temas muy profundos.

Luego de lo explicado precedentemente, comprendemos la magnitud de la grandeza del Pueblo de Israel por no cambiar sus nombres. Los cuidaría que no se asimilen. “Los nombres de los hijos de Israel” son la base espiritual con la cual descendieron a Egipto, acompañados de Yaacob, conservando y protegiendo su identidad.

A lo largo de las generaciones, nuestro Pueblo mantuvo la costumbre de llamar a los niños teniendo en cuenta la Perashá (Porción Semanal de la Torá) de la semana o algún evento ocurrido en dicha fecha. Ello se fundamenta en la Presencia Divina que acompañó a cada uno de los mencionados por la Torá, como ser Moshé, Aharón, Miriam, Deborah, etc..

Analizando el Pasuk “Estos son los nombres de los hijos de Israel que llegan con Yaacob a Egipto. Cada uno llegó con su familia”, veremos que en apariencia no está bien redactado. La conjugación “que llegan” está en presente, mientras que “cada uno llegó con su familia” figura en tiempo pretérito. ¿Por qué se cambia el tiempo verbal?.

Según lo explicado, podemos decir que los nombres con los que llamamos hoy en día a nuestros hijos, en el presente, son nombres que en el pasado ya han sido usados y se basan en conceptos muy profundos.

Pero a pesar de esta explicación, aún no está del todo claro. ¿Acaso se trata de un concepto místico, que sus nombres los han protegido?. ¿O quizás está escondida otra idea?.

Para comprenderlo, previamente debemos analizar la esclavitud de Egipto, en un plano espiritual. Cuando Israel descendió a Egipto eran setenta integrantes de una sola familia, que estaban unidos y cumplían todas las Mitzvot. Egipto en ése entonces ya era conocido como un lugar donde reinaba la promiscuidad, la depravación y la brujería. Pero, ellos pudieron sobreponerse a las influencias negativas. Por consejo de Yosef se asentaron en Goshen, donde formaron una suerte de zona judía, con santidad y pureza, en medio del Egipto idólatra.

En poco tiempo, aquellas setenta personas se multiplicaron, al punto tal que “se llenó Egipto de ellos”. Aquella generación murió, Yaacob y sus hijos, e incluso la siguiente. “Surgió un nuevo rey sobre Egipto, quien no conocía a Yosef”, y comenzaron los años de la esclavitud y el sufrimiento, del trabajo forzado. Egipto se convirtió en un imperio, un imperio de brujería y astrología – y precisamente en ello se destacaba su poderío. Una temible oscuridad espiritual reinaba sobre Egipto, y poco a poco el Pueblo de Israel se vio influenciado por ella. Comenzaron a ir a teatros y fiestas egipcias, como cuenta el Midrash, y “descendieron los hijos de Israel” – un fuerte descenso hacia Egipto, y lentamente la identidad judía exterior del pueblo fue desapareciendo. Al punto tal, que al salir de Egipto, los ángeles querían saber cual era la diferencia entre ellos y los egipcios – ya que “estos son idólatras, y aquellos también son idólatras”.

El deseo de asemejarse a Egipto, junto a lo gravoso de la esclavitud que ejercían sobre ellos tanto el Faraón como los egipcios, les quito toda identidad personal. Y

Continúa en la página 2

fue efectivamente así, pues cuando Moshé se acercó a ellos por primera vez, no lo escucharon, “por falta de aliento y por el duro trabajo”. No obstante, a lo largo de ese período, cuidaron sus nombres, sus secretos y su recato. ¿Cómo lo lograron?

La respuesta: “orgullo”.

El libro de los nombres

Así observamos las cosas más claras. “Que no cambiaron sus nombres” – quien está orgulloso de sí mismo, sabe reconocer su grandeza particular, la que el Eterno le concedió, sin introducirle cambio alguno.

Es el secreto. El Pueblo de Israel al estar en Egipto, cayó en un pozo muy profundo, a los 49 niveles de impureza. Pero no olvidó sus raíces, jamás olvidó de dónde venía. Siempre supo que sus padres eran motivo de orgullo y la base de su fé, y por ello no cambiaron sus nombres. Si bien se cuidaron en otros aspectos, sin cambiar sus

vestimentas, cuidando su recato y guardando los secretos – este libro se llama Shemot – Nombres, pues lo esencial del mismo es el orgullo que sentían por sus nombres, que no cambiaron, recordando a sus patriarcas y las doce tribus.

Este es el secreto de la eternidad del Pueblo de Israel. Por ello es que el profeta Ieshaiá pidió (51, 1-2): “observen al lugar donde fueron forjados, y al pozo de donde surgieron. Observen a Abraham vuestro padre y a Sará, quien los concibió, pues uno es llamado y lo bendeciré”. Actuando de esta forma, de inmediato “D’s se apiadó de Tzión, y de su destrucción, hará de su desierto un paraíso, la endulzará como el jardín de D’s. Alegría y goce habrá en ella; gratitud y voz de canto”. Si cuidan vuestra grandeza, sin olvidar lo que hicieron vuestros padres en las generaciones anteriores, recordando que son hijos de reyes – tendrán el mérito de ver el consuelo de Tzión y la reconstrucción de Ierushalaim, pronto en nuestros días.

DE LAS PALABRAS DE NUESTROS SABIOS QUITA LOS ZAPATOS DE TUS PIES

La ciudad de Troki, cercana a Vilna, era el centro de los Karaím (Karaítas) que se radicaron en Polonia y Lituania. Los “Sabios” Karaím escribían de tanto en tanto cartas ofensivas en contra de los verdaderos Rabanim, fieles a la tradición y a la Ley Oral. En una ocasión, presentaron al rey Estanislao Poniatovski una carta acusando a los judíos de no ser fieles al rey. Los Karaím destacaron que sólo ellos, eran los judíos verdaderos que recibieron la Torá de manos de Moshé en el Sinai, mientras que la corriente rabínica, que no es parte de la karaíta, eran extraños que falsificaron la Torá de Moshé.

Incluso aclararon su disposición a participar de una disputa pública ante el rey frente a los “judíos talmudistas”, para demostrar en forma abierta que ellos eran los verdaderos judíos.

El rey Estanislao aceptó su propuesta, y ordenó a los dirigentes de la comunidad de Vilna que debían presentarse ante él para realizar una disputa pública contra los Karaím.

Por consejo del Gaón de Vilna, fue elegido Rabí Yehudá Leib Maitos de Pinsk, para representar a los judíos en el pleito contra los Karaím, delante del rey. Además de ser un genio en Torá, era bien conocido como una persona sumamente astuta y aguda. Incluso la nobleza polaca lo reconocía y honraba por su inteligencia, y por su perfecto conocimiento del idioma polaco.

Rabí Yehudá Leib llegó a Vilna y se presentó ante el Gaón. Éste lo recibió con una amplia sonrisa, y lo bendijo deseándole que D’s le de éxito y lo ayude a demostrar ante el rey la veracidad del judaísmo tradicional.

Con convicción, Rabí Yehudá Leib se despidió del Gaón de Vilna para dirigirse a Varsovia, lugar de residencia del rey, donde debía realizarse la disputa pública con los Karaím.

El día fijado fue un Shabat del año 5536. Ese día por la mañana Rabí Yehudá Leib se levantó con el amanecer, y recitó con todo su ser los cánticos del Tehilim. Luego de rezar y comer la comida de Shabat, se dirigió al palacio del rey, con tranquilidad y convicción de que D’s le daría el éxito.

En la sala de espera encontró a los “sabios” Karaím de Troki, quienes esperaban para poder ingresar. El secretario del rey se presentó y les informó que estaban invitados a presentarse ante su majestad. En aquella época, era costumbre entre la realeza polaca, que la gente de bajo nivel social que se presentaba ante el rey, debía sacarse los zapatos y dejarlos en la sala de espera. Los Karaím se quitaron los zapatos y los dejaron afuera, pero Rabí Yehudá Leib, luego de sacárselos, los tomó e ingresó con ellos en sus manos ante el rey...

El rey estaba sentado en su trono, y alrededor de él se hallaban los ministros. Sobre la mesa, ante el rey, estaba la carta de los Karaím. El rey alzó su vista hacia los “sabios” Karaím y dijo: “en vuestra carta escribieron que pueden demostrar claramente que los judíos talmudistas falsificaron la Torá de Moshé, y que ustedes son los judíos verdaderos, quienes recibieron la Torá de Moshé vuestro maestro en el Sinai. Presenten, pues, vuestras pruebas”.

“Su Majestad!”, comenzó uno de los ancianos Karaím, “sobre el descaro de los judíos talmudistas puede demostrarlo su representante, quien se ha presentado para la disputa. He aquí, éste se ha presentado ante Su Majestad, con sus zapatos en sus manos... Además de faltar el respeto a Su Majestad, demuestra desconfianza a los sirvientes del rey, considerándolos ladrones, y por ello es que temió dejar sus zapatos afuera, trayéndolos hasta aquí, al salón del debate ante el rey”...

Cuando el rey vio al judío con los zapatos en sus manos, se enfureció sobremanera. Observó a Rabí Yehudá Leib con ojos iracundos, y exigió una explicación sobre su accionar.

Rabí Yehudá Leib se inclinó ante el rey, y con voz suplicante dijo:

“Su Majestad, señor benevolente!. Por favor, no me juzgue como un hombre incorrecto. Jamás fue mi intención despreciar al rey. Tampoco fue mi deseo ofender a sus sirvientes, no desconfiando de ellos como si fueran ladrones.

Si Su Majestad me lo permite, deseo explicar lo sucedido. Hemos recibido una tradición de nuestros padres, que cuando el Eterno se reveló ante Moshé Rabenu por primera vez junto a la sarza ardiente, y le dijo “quítate los zapatos de los pies, pues el lugar en que estas parado es santo”, Moshé acató la orden de D’s y se sacó los zapatos, para oír al Rey de Reyes. Pero luego, cuando regresó junto a su rebaño, buscó sus zapatos y no los encontró.

¿Su Majestad sabe cuál fue el motivo?. Ocurre que los Karaím que allí estaban los robaron. Desde entonces, Su Majestad, cuando nos encontramos con los Karaím ante un rey, y nos quitamos los zapatos, nos vemos obligados a llevarlos con nosotros, para cuidarlos de estos ladrones”...

El rey se dirigió entonces a los Karaím, y preguntó:

“¿Acaso es cierto lo que alega el judío, que vuestros padres eran ladrones desde antaño?”.

“Su Majestad, señor benevolente!”, dijo el “sabio” Karaíta, “esta es una ridícula mentira que los judíos han inventado”.

“¿Cómo podrías demostrar la veracidad de tus palabras?”, inquirió el rey.

“Pues la secta Karaíta surgió hace no más de mil años”, respondió el “sabio”, “¿por lo que cómo es posible culpar a los Karaím de robar los zapatos de Moshé en aquella época, siendo que ello ocurrió hace unos tres mil años?”.

El rey estalló en risas y dijo al líder de los Karaím:

“Que escuchen tus oídos lo que dice tu boca. Acabas de reconocer tú mismo que el movimiento Karaíta fue fundado hace unos mil años. Mientras que el suceso en el monte Sinai fue mucho tiempo antes. ¿Cómo pueden alegar que ustedes son los judíos verdaderos que recibieron la Torá de manos de Moshé, en el Sinai?. El inteligente judío los ha derrotado en el debate...”.

El rey alzó su mano indicando el fin de la disputa, y para los judíos todo fue alegría.

TEFILÁ (PLEGARIA) EL SERVICIO DEL CORAZÓN

Cuando se difundió el nombre del Gaón Rabí Israel Meir de Radin, el Hafetz Haím, a lo largo del mundo, y la gente comenzó a acudir a él para recibir una bendición, él se extrañaba y decía: “¿es posible que estando presente el Rey, dirijan sus pedidos a su sirviente?. D’s está cerca de ustedes, y pueden dirigirle sus pedidos. ¿Por qué se dirigen a una persona pequeña y sencilla como yo, que no puede ayudarles en nada?”.

Una vez, al visitar una ciudad, cuando la congregación se reunió a su alrededor para pedir al Tzadik que rece por ellos, el Hafetz Haím se dirigió a ellos diciendo con mucha emoción: “Queridos Judíos!. Ustedes saben que a un padre no le gusta que uno de sus hijos le pida algo a través de su hermano. Todos somos hijos del Eterno, y debemos dirigirnos a Él en forma directa. Si alguien siente que el Eterno está enojado con él, les aseguro que Él desea que nos acerquemos, y anhela recibir nuestras plegarias”.

En relación a él, se cuenta, que solía aconsejar a cada uno que se retire a un rincón y derrame sus pedidos ante el Eterno, de todo corazón, como un hijo ante su padre, y al estar aislado sólo con D’s, pedirle con palabras sencillas que se apiade de él y lo ayude. De ésta forma podría estar seguro de que D’s oír su pedido.

El Hafetz Haím dio un bello ejemplo:

Si un pobre se presentara ante un rico avaro, y le rogara con énfasis explicando que no puede obtener ni una moneda de ninguna persona, a excepción de él – al ver el rico la sinceridad del pobre al afirmar que no puede conseguir dinero de ninguna otra persona, de seguro que incluso su corazón se ablandaría, y se abriría ante los ruegos del pobre, ayudándolo.

Con mayor razón, si el hombre se dirigiera al Creador entendiéndolo que “sólo en Ti confiamos”, seguro que el Eterno se apiadaría de él de inmediato, y cumpliría todos sus pedidos para bendición.

La prueba de la Emuná

El Gaón Rabí Yosef Yozi Horowitz, más conocido como el Saba de Novardok, lograba con su sabiduría demostrar a la gente que sólo rezaban a D’s de la boca para afuera, mientras que en lo profundo del corazón no confiaban en Su salvación. Al respecto, se narra en el libro HaMeorot HaGuedolim:

Una vez vino un hombre al Bet HaMidrash, y lloró ante Rabí Yosef Yozi para que lo ayude, pues su hijo estaba gravemente enfermo, y su vida peligraba. Le dijo Rabí Yosef Yozi que tenía una buena idea. Él se esforzaría en traer un médico experto para que salve a su hijo, pero ello le costaría cien rublos.

Luego de que el padre lo pensara y aceptara la propuesta, Rabí Yosef Yozi le dijo: “fíjate, buen judío. Para salvar la vida de tu hijo enfermo, tienes que contratar a diez hombres para que recen y rueguen por su bienestar, y que estos diez hombres digan Amén Iehé Shemé Rabá. Los Sabios ya han asegurado que a quien responde Amén... con todo su ser, le destruyen su mal decreto (Shabat 119), y así con seguridad tu hijo se recuperará”.

Entonces el padre comenzó a dudar y a arrepentirse de su acuerdo, e incluso comenzó a discutir por la elevada suma que

Rabí Yosef Yozi le había sugerido. Al ver que su Emuná no era completa y no confiaba en que D’s era el único médico que podría ayudar al hijo, entonces tampoco sus plegarias serían útiles...

Treinta millones de dólares

El siguiente relato fue enviado por Rabí Iejiel Levi, de Elad:

Sucedió recientemente en América. En Rosh Jódesh Kislev del año 5769, un judío multimillonario fue a rezar con su Rab, el Admur de Bobov. Llegó temprano a las plegarias, y mientras la gente recitaba los Korbanot, él comenzó a hojear los mensajes que había recibido en su Palm. Encontró un aviso urgente, según el cual se le posibilitaba concretar un negocio por treinta millones de dólares – una oportunidad que debía concretarse en forma inmediata.

Mientras leía el mensaje y pensaba qué hacer, el Admur llegó por detrás de él y le dijo “querido amigo, si quieres rezar con nosotros, apaga el aparato y no perderás nada; y si no, puedes ir a otro Bet Midrash”. El hombre apagó su Palm y se unió a la Tefilá de Rosh Jódesh, mientras se fortalecía en su convicción en D’s y en las palabras de los Sabios.

Al finalizar la Tefilá, encendió el aparato sin muchas esperanzas, para ver decenas de mensajes, uno detrás del otro, preguntando: “¿Dónde estás?. ¿Qué hacemos?. El negocio se perderá!”, y cosas por el estilo.

Agitado, fue leyendo uno tras otro los mensajes, hasta llegar al último: “hubo una fuerte caída en las acciones. Milagrosamente nos salvamos de perder treinta millones de dólares”.

Sin disimular su emoción, mostró la noticia a todos los que lo rodeaban. Se acercó de inmediato a la oficina del Admur, y dejó en su escritorio una importante donación. El Admur le dijo “el milagro no fue hecho por mí. Simplemente, cuando comenzamos a rezar, dejamos todo de lado, y D’s ya se ha de ocupar de arreglar todo según sea mejor”.

MI PLEGARIA

Fortaleciendo la Emuná y la gratitud

En mi opinión, es esencial en el trabajo personal de cada uno el comienzo del día, es decir la Tefilá, que es el comienzo de nuestro servicio. Desde luego, la Tefilá debe centrarse en la noción de cuánto dependemos del Eterno en todo aspecto; la Tefilá debe apuntar a la gratitud.

En verdad, tener Emuná es sencillo. La dificultad radica en que la búsqueda de ella debe ser constante, sin perder las fuerzas.

Por ello se nos dio la Tefilá, la cual fortalece la Emuná. Todas las Tefilot, y todo su contenido, apuntan a fortalecer la Emuná. La Torá nos ordenó rezar tres veces al día, ya que precisamos de constancia y perseverancia, sin perder las fuerzas.

(Or Iejézel)

MANANTIAL DE LA TORÁ

La corona de Yaakob

“Los descendientes de Yaakob” (Shemot 1, 4)

¿Por qué está dicho “los descendientes de Yaakob, y no “los descendientes de Israel”?

Para indicar, que las cuatro letras del nombre Yaakob (en hebreo) corresponden a las cuatro coronas con las que sus descendientes coronan al Eterno:

La primer letra suma diez, aludiendo a los Diez Mandamientos. La segunda suma setenta, en alusión a los setenta miembros del Sanhedrín. La tercera suma cien, representando al Hejal del Bet HaMikdash, el cual medía cien Amá, como está dicho “y el Hejal era de cien Amá” (Melajim I 6, 2). La cuarta letra suma dos, aludiendo a las dos Tablas de la Ley.

En mérito de Yaakob el Pueblo de Israel fue redimido de Egipto; y todo el mundo se mantiene por su mérito, como está dicho “y fue sostenida para Yaakob” (Tehilim 105, 10).

(Midrash Agadá)

Máximo aumento

“Y se hartaron de los hijos de Israel” (Shemot 1, 12)

“Así aumentan, y así crecen” - ¿Cuánto?

Dijo Rabí Shimón Ben Leví: hasta que “se hartaron de los Hijos de Israel”.

Un egipcio deseaba encontrarse con otro, y se tropezaba en el camino con cien miembros de Israel, a tal punto que no encontraba a su compañero. Hasta que ponía su mano sobre su nariz, como si quisiera quitarse el alma, y decía “no puedo soportar a este pueblo; es demasiado grande!”.

Tal como dijo el Eterno a Iejezkel: “muchedumbre como el pasto del campo te he hecho” (Iejezkel 16, 7).

(Debarim Rabá)

Salud y vida

“Y descendió la hija de Paró a bañarse en el nilo” (Shemot 2, 5)

El Eterno lo sabe todo. Batiá, hija de Paró, tenía llagas en la piel, y no podía bañarse en agua caliente. Lo hacía en las aguas del Nilo, y allí encontró a un niño llorando. Extendió su mano para recogerlo, y se curó. Se dijo a sí misma: “este niño es un Tzadik”, y le salvó la vida.

Quien salva la vida de un miembro de Israel, es como si hubiera salvado al mundo entero. Quien quita la vida a un miembro de Israel, es como si destruyera a todo el mundo. Por ello logró la hija de Paró unirse al pueblo de Israel, y ser llamada Batiá, “la hija de D’s”.

(Pirké DeRabí Eliézer)

Pastor Fiel

“Y he aquí, que un niño lloraba” (Shemot 2, 6)

Fue como si profetizara: Naar – niño, es un acróstico de las palabras Neemán – fiel, como está dicho “él es fiel dentro de Mi congregación”; Anav – humilde, según fue dicho “y el hombre Moshé es muy humilde”; Roé – pastor, como está dicho “y Moshé era pastor”.

(Midrash Agadá)

Las puertas de la finalización

“Y lo llamó Moshé” (Shemot 2, 10)

Moshé está escrito siempre careciendo de la letra Vav. ¿Por qué?

Pues carecía de una de las puertas de la sabiduría, como está dicho “y le faltó un poco del Eterno” (Tehilim 8, 6). 49 puertas de la sabiduría le fueron entregadas en el Sinai, salvo una. Esta es la puerta de la finalización del libro.

Así estudiamos en el Midrash (Mishlé 14): dijo Rabí Shemuel Bar Najmani, el pueblo de Israel dijo a Moshé antes de que muera ‘concluye para nosotros la Torá’. En ese momento olvidó varias leyes, y no supo responder. Cayó Moshé de bruces y dijo ‘Señor del mundo, prefiero morir que vivir’.

(Midrash Jesronot VeIeterot)

Mi Nombre conmigo

“Y dijo el Eterno a Moshe ‘Yo Soy el que Soy’ (Shemot 3, 14)

Le dijo el Eterno a Moshé: Moshé! Explica al pueblo que Mi Nombre es “Yo Soy el que Soy”.

Ello es, en hebreo, un acróstico. Dijo el Eterno: Yo Soy dueño de todo, lo creé todo; todo lo creé, de todo Soy el dueño.

(Otiot DeRabí Akibá)

MANANTIAL DE LA TORÁ

La fuerza y la recompensa de una Emuná completa

“El Pueblo creyó y oyó que D’s recordó a los Hijos de Israel, y que vio su sufrimiento; y se inclinaron” (Shemot 4, 31)

Moshé Rabenu, escribe el Rambam (Iesodé HaTorá 8, 1), “no le hizo creer al Pueblo de Israel por los milagros que hizo; quien basa su Emuná en milagros tiene necesidad en su corazón, pues es posible que hayan sido realizados con magia o hechicería. Los milagros que hizo en el desierto fueron por determinadas necesidades, y no para demostrar la veracidad de sus palabras”.

Deducimos entonces, que el Eterno no le dijo a Moshé que fuera primero ante Paró, para que éste no argumente “este pueblo no cree en su D’s, y sólo confían en Moshé y Aharón debido a las señales milagrosas que han hecho ante ellos; resulta ser que yo soy el que desencadenó su creencia en su D’s”.

Para no darle la oportunidad basarse en ese argumento, el Eterno le dijo a Moshé, que fuera primero ante Israel y realice las señales. No para que le crean en función de ellas, sino porque Él sabía que luego debería hacerlas ante Paró. De éste modo no podría sostener que Israel sólo cree debido a los milagros, y fueron desencadenados por él, mereciéndose por lo tanto una recompensa.

Prueba de que el pueblo no creyó en Moshé debido a los milagros, es lo que dice el versículo “el Pueblo creyó y oyó que D’s recordó a los Hijos de Israel”. No está dicho que creyeron en las señales, sino sencillamente que “el Pueblo creyó”. Confiaron en D’s, y en mérito de ello fueron redimidos. Los Sabios en el Midrash afirman (Mejiltá Beshalaj 6), que el Pueblo de Israel fue salvado de Egipto en recompensa a su Emuná, como está dicho “el Pueblo creyó”.

A pesar que poseían muchos méritos, tal como los Sabios dijeron (Vaikrá Rabá 32, 5) que no cambiaron sus nombres, ni su lengua, ni hablaron Lashón HaRá, y ninguno de ellos actuó promiscuamente – de todos modos fueron redimidos únicamente en virtud de su Emuná. Las cuatro virtudes citadas les permitieron mantenerse y no asimilarse entre los egipcios. Por intermedio de ellas, se apartaron de las demás naciones, y fueron redimidos en virtud de su Emuná.